

**CAPITULO XXVI.**

Extasis, arrebatos y visiones del Santo.



ADEMAS de las gracias y virtudes que constituyen á los santos, Felipe habia recibido de Dios los altos y exquisitos favores que los honran y consuelan; así es pues, que él se encontraba frecuentemente anegado en la luz contemplativa y allí se descubrian á sus ojos, secretos cuyo velo no es permitido al hombre levantar. Anonadado en los sentimientos de su profunda humildad, hacia cuanto podia para no entrar, al menos en público, en aquel estado extraordinario; pero á pesar de sus esfuerzos, le era muchas veces imposible reprimir los impetuosos arrebatos de su amor.

Los religiosos dominicos de Santa Maria Mi-

nerva, hacian en su iglesia, por no sé qué gráve necesidad de su casa, un jubileo de cuarenta horas, y rogaron al santo, que les estimaba en extremo, tomase parte en aquellas oraciones. Felipe, tan sensible siempre á la tribulacion agena, se prestó en el momento á esta invitacion. Arrodillóse ante el altar mayor en que estaba espuesto el Divinísimo Señor Sacramentado; fijó sus ojos en la sagrada hóstia, y en el momento fué arrebatado fuera de sí. El superior del monasterio, notó que hacia mucho tiempo que el santo no se movía y temió le hubiese sucedido alguna cosa. Corrió, pues, á él y le preguntó qué tenia, repitiendo muchas veces la misma pregunta, sin lograr que le respondiera ninguna cosa. Le tomó entónces de la mano, y se la encontró helada y tiesa. Espantado mas y mas, llamó á los otros padres é hizo llevar al santo á un cuarto inmediato. Pasó todavía largo tiempo sin que diese señal alguna de vida; mas al fin volvió en sí y exclamó: “¡Victoria! ¡victoria! ¡ha sido escuchada nuestra oracion!” Seguro ya el prior de su salud, pero no comprendiendo nada de aquella enagenacion y de aquel lenguaje, le preguntó qué le habia sucedido y qué victoria era la que habia alcanzado. El santo se avergonzó y calló; pero se le hicieron tantas instancias; que al fin tuvo que esplicarse diciendo: “El papa, dijo al religioso, acaba de pronunciar su sentencia en el negocio en cuestion, y ha fallado á vuestro favor.” El hecho era cier-

to; pero no había podido saberlo sino por revelacion, y es de creerse que sus oraciones le alcanzaron este favor.

Fabricio de Massimi, vino un dia á confesarse al cuarto del santo, y encontrando la puerta entreabierta, entró sin tocar. El padre estaba en oracion con las manos y los ojos levantados al cielo, y sus rodillas no tocaban la tierra. Admirado Fabricio de un espectáculo que veía por primera vez, se estuvo un rato contemplándolo; y despues, como el santo estaba con la espalda volteada hácia la puerta, se adelantó para verle de rostro, y juzgó por su entera inmovilidad que no veía ni oía. Luego que Felipe volvió en sí, que fué despues de un largo rato, echó de ver que Fabricio estaba allí, y le preguntó con un aire admirado y confuso, que cómo habia entrado. Este le respondió que habia hallado la puerta abierta, y que por eso se habia introducido: entónces oyó el santo su confesion y le despidió.

Francisco de Molaria, llevado de la misma intencion que el anterior, y viendo que el padre estaba sentado en su silla, se arrodilló á sus piés y comenzó á confesarse; pero á poco advirtió que estaba en éxtasis y le fué preciso aguardar que volviese de él, lo que no sucedió hasta despues de mucho tiempo.

Había en la capilla de la Santísima Virgen, de la iglesia del Oratorio, un cuadro de la Visitacion, primorosamente ejecutado, y cuya vista movia

singularmente al siervo de Dios; y con este motivo pasaba mucho tiempo en aquella capilla sentado en un banquillo, con los ojos fijos en aquella imágen de su cariño, que le procuraba frecuentes éxtasis. Algunas de sus piadosas penitentes, le encontraron un dia en este estado, y escusado es decir que quedaron admiradas al verlo. Se pusieron delante de él y le estuvieron observando largo rato; despues, para juzgar mejor de su estado, le llamaron muchas veces, y como vieron que no oía se pusieron á moverlo violentamente hasta que volvió en sí. No pudo menos de alarmar al santo la presencia de sus hijas; pero aun creyó poderlas hacer vacilar, en la opinion que de su estado habian formado, ocurriendo á una de sus acostumbrados ardidez. Se levantó bruscamente, y manifestándose encolerizado, llamó á Gallonio que estaba por allí cerca, y le dijo: “Echad para fuera estas mugeres insolentes, que vienen aquí á interrumpirme cuando duermo.”

Gallonio tenía un cuidado extremado de su buen padre, y velaba noche y dia por su conservacion. Fué á verle una vez muy de mañana para saber cómo habia pasado la noche, y le encontró, contra su costumbre, acostado aún en su cama. “Quizá, se dijo á sí mismo, se desveló, ó estará en contemplacion,” y en esta persuasion se retiró lo mas quedo que pudo. Ya muy entrado el dia volvió otra vez, y le encontró sin voz ni movimiento, con una palidez que le hizo creer iba á

expirar. Espantado y aflijido, corrió á llamar á los padres, é hizo llamar á toda priesa al médico. Este, sin perder tiempo, le dió una sangría, y mirando que la sangre no salia, recurrió al cauterio y á los sinapismos. Estos remedios enérgicos no produjeron efecto alguno, y el médico declaró que el enfermo iba á espirar de un momento á otro. Entónces se apresuraron á darle la extremauncion, y apenas habian acabado de administrársela, cuando el santo volvió á su conocimiento sorprendido de lo que veía. “¡Ay! habeis estado muy malo, padre mio, le dijeron algunos de los asistentes, enjugándose las lágrimas.—Os engañais, respondió Felipe, yo no he tenido otro mal que el que me habeis hecho.” Entónces comprendieron todos el engaño que habian padecido, y comenzaron á excusarse diciéndole que aquel éxtasis no se parecia á los que acostumbraba tener. “Id á vuestros negocios, les dijo el santo, y dejadme dormir: si mañana me encontráreis muerto enterradme.”

Al salir un dia para ir á ver al Papa, dijo á algunos padres que se encontraban cerca de él: “Orad por mí, para que Dios me libre de mis accesos de locura.” Decía esto porque sabía por experiencia, que la presencia del vicario de Jesucristo le causaba transportes de amor, que no podía reprimir y le hacian quedar extático. El cardenal Sfondrate, referia al Papa Paulo V, haber visto con sus propios ojos á nuestro santo arrodido

llado en los aires. Y ¿cuántos otros testigos, igualmente dignos de fé, no podria yo citar en prueba de esta maravilla? Encontrábase un dia tan malo Juan Bautista Modio, que estaba casi al morir; y avisado Felipe de este accidente se fué luego á verle, y mirando el grave peligro en que se encontraba, pasó á un cuarto inmediato para conseguir su alivio con sus oraciones, y permaneció allí desde por la tarde hasta media noche. Entónces un criado, cuidadoso de su larga ausencia, entró al cuarto y le vió elevado en los aires resplandeciendo todo su cuerpo con una celestial claridad. Arrebatado de admiracion, corrió por toda la casa gritando á mas no poder: “¡Vengan á ver, vengan á ver!” Todos vinieron y fueron testigos de aquel raro espectáculo. A la media hora despues, volvió Felipe á su estado natural, se acercó al enfermo y le puso la mano sobre la frente, diciéndole: “No tengais cuidado, no morireis.” A estas razones recobró el moribundo el uso de la palabra y se puso á platicar con su bienhechor, como un hombre bueno y sano. A pocos dias despues, pudo ya entregarse á sus ocupaciones ordinarias.

No dispensaba el Cielo estos favores á nuestro santo únicamente en los lugares privados, sino hacia tambien, á pesar de Felipe, que su alma entrase en éxtasis y arrebatos en la iglesia llena de gente, y á la vista de todo un pueblo.

Estaba un dia en oracion en la basilica del Va-

ticano, delante del sepulcro de los santos apóstoles, y se levantó casi medio pié sobre la tierra, volviendo inmediatamente á su estado natural. Temeroso entónces que esto se repitiese, y llegasen á notar lo los asistentes, se quitó inmediatamente de aquel lugar. Se hicieron tan frecuentes estos accidentes sobrenaturales, que no entraba ya, por decirlo así, sino temblando en las iglesias. Adoraba al Señor por medio de un *Pater noster*, saludaba á la Santísima Virgen con una *Ave Maria*, y se levantaba al momento para no dar tiempo á que su amor se inflamara. Por esta misma razon, como ya lo hemos dicho antes, no le gustaba decir misa en público, aunque no podía dispensarse de hacerlo algunas veces, y entónces le eran inevitables los éxtasis. Viósele una vez, en la iglesia de la Torre de Miradores, elevado de tres á cuatro codos sobre la tierra. Igual cosa le sucedió en la iglesia de la Caridad, en donde viéndole una niña en tal estado, dijo en su admiracion á su madre: “Mira, mamá, ese padre vuela; es un mago ¿no es verdad? --Te engañas, hija mia, respondió la señora; es un santo, y si lo ves así, es porque está en éxtasis.”

Otra jóven, testigo de un hecho semejante, juzgó casi lo mismo que la anterior. “Es muy singular esto, dijo á otra que la acompañaba; parece que este padre es un encantador.” Esta palabra le costó caro, porque se confesaba con él y no sabía como podría decírsela. Sin embargo, se fué

á reconciliar á la mañana siguiente, y quiso comenzar por ahí: “Padre, me acuso de haber hablado mal.....” le faltó ánimo para decir lo demas. “Acabad, hijá, y decid que habeis hablado mal de mí.” Ella respondió afirmativamente, y el buen padre le dijo: “Yo os perdono, no os dé vergüenza acabar vuestra confesion.--Padre mio, repuso ella temblando, yo estaba oyendo ayer vuestra misa, y os ví levantado en el aire.” A esta palabra, el santo, humillado en extremo, le dijo: “Basta, cállate tonta.” Ella continuó diciendo, porque la detraction del padre le hacía cosquillas: “Entónces dije á mi compañera, que vos erais un encantador.” El santo que esperaba otra cosa, se llenó de alegría y le dijo riéndose: “Pero eso es muy cierto, hijita mía, yo soy una especie de encantador; por lo mismo esto es nada, no penseis mas en ello.”

Muy frecuentemente tambien aparecía su cabeza, cuando celebraba, rodeada de una aureola resplandeciente. Decía un dia misa en el altar mayor de su iglesia, y al llegar á los *Mementos* de vivos, le vió uno de los asistentes coronado de un brillante resplandor. Al principio creyó que era una ilusion de su vista, y con esto, se limpió bien los ojos y se puso á ver otros objetos para examinar si le sucedía lo mismo con ellos; pero no vió aquella luz mas que sobre la cabeza del santo, en la que permaneció hasta despues de que consumió. Una jóven de doce años de edad, declaró

que le habia visto muchas veces en el aire mientras decía misa, y que entónces una nube blanca le cubría de modo que no se distinguía el color de sus ornamentos. Pasemos á las visiones y revelaciones con que Dios le favorecía, y que no son ménos ciertas que sus éxtasis y arrebatos.

Siendo aún jóven, rogaba al Señor le diese á conocer su vocacion, y se le apareció San Juan Bautista, manifestándole por medio de una revelacion interior, que Dios queria que fuera sacerdote y que trabajase en Roma por la salvacion de sus prógimos, pobre y sin dignidad alguna. Poco tiempo despues de su promocion al sacerdocio, haciendo oracion en la noche de navidad en no sé qué iglesia, en compañía de Constancio Tassonio y Sebastian Músico, se le apareció el niño Jesus de pié sobre el altar. Lleno de gozo, preguntó á sus compañeros si veian esta maravilla; y como le respondiesen negativamente, serró sus lábios y continuó su oracion.

Decía un dia misa, y Tomás Ripani que se la ayudaba, observó que se detenía de masiado despues de la consagracion ántes de elevar el cáliz. Notó en seguida, despues de volver á la sacristía, que el rostro del santo estaba extraordinariamente alegre; y como tenia mucha intimidad con él, le preguntó la causa de aquel contento que no podia ocultar. Sonrióse el santo y no quiso responderle. Pero Ripani cada vez mas curioso por saber lo que le queria ocul-

tar, reiteró tanto sus preguntas y urgió de tal manera, que al fin Felipe temió contristarle, y le dijo: “Ahora bien, yo os confieso que Dios me descubre algunas veces, despues de la consagracion, la gloria de los bienaventurados; pero esto os lo digo para vos solo, y os prohibo que habléis de ello á persona alguna.”

Por otro favór singular, ninguno de sus discípulos iba al cielo despues de su muerte, sin que él fuese testigo de su gloria. Citaré algunas de estas gozosas apariciones. Mario Tosini en la noche que murió, entró al cuarto del padre cuando estaba durmiendo, y llamó dos veces en alta voz. El santo abrió los ojos, y le vió subir al cielo lleno de resplandores. A la mañana siguiente recibió la noticia de su muerte, y supo haber acaecido á la hora precisa de aquella vision consoladora. Vicente Illuminator, al partir para el cielo, apareció cubierto de gloria al santo, y le encomendó á su muger é hijos, de quienes cuidó en efecto eficazísimamente. Marco Antonio Cortesella, á quien el santo apreciaba por sus eminentes virtudes, tuvo una muerte digna de su vida. Depositóse su cuerpo en la iglesia de Santa Catarina, y fué allí Felipe á verle, acompañado de Gallonio. Le estuvo mirando por mucho tiempo, y luego hizo venir á un pintor para que le retratase. Un sacerdote que se encontraba allí, se manifestó admirado del deseo del padre, y Gallonio le dijo al oido: “Anoche vió al difunto en un estado glo-